



REVISTA DE LIBROS

Dossier: *Soviets en Buenos Aires*

Pittaluga, Roberto: *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.*

Patricio Geli

Universidad Nacional de Tres de Febrero / Universidad de Buenos Aires

No voy a referirme minuciosamente al contenido del libro porque ya se lo ha analizado muy bien en la exposición anterior. Por otra parte, esto lo va a hacer a continuación Roberto, la verdadera estrella del evento. Me interesaría realizar, en cambio, algunas advertencias a posibles futuros lectores desprevenidos. Conocí la primera versión de este texto como tesis doctoral de la cual fui jurado, llamándome mucho la atención que permaneciera casi intacta en su supuesta conversión al formato libro. Obviamente la razón de ese fluir plácido, sin mutilaciones importantes ni reconversión drástica, radica en la misma naturaleza singular de una tesis poco observante de las severas reglas de ese género. Vuelvo a repetir lo mismo que dijera en ocasión de su defensa: no es un texto fácil. Diría que deliberada y obstinadamente se propone no serlo. Fácil, en el sentido de que sea un escrito de una comprensión más o menos inmediata en un primer abordaje. A mi entender su dificultad radica, antes que nada, en que se presenta discursivamente como una trama abigarrada donde en cada sección del libro se entrecruzan, premeditada y prolíficamente, reflexiones sobre la historia en tanto discipli-

* Exposición oral en la presentación del libro *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, sala Juan L. Ortiz de la Biblioteca Nacional, el 11 de marzo de 2016.

na con la reconstrucción —siempre pretendidamente fragmentaria— del objeto de estudio. Menciono muy generalmente sólo algunas de las marcas más sobresalientes que signan esa complejidad.

En primer lugar, la ambiciosa densidad de problemas que, explícita e implícitamente, están enunciados a lo largo del libro, así como la manera en que se los plantea. Basta leer su sección preliminar, una suerte de subrepticio micromanifiesto historiográfico. Sabemos que los prólogos son tramposos, en el sentido de que habitualmente en ellos el autor propone, a veces solapadamente, una clave de lectura a través de la cual procura que sea interpretada su obra. Un anhelo, más asiduamente vano que exitoso, por mantener un cierto control en el inasible campo de la lectura de su propia obra. Más allá de que eso es un ardid propio del género, me parece que en el caso de este texto, decididamente, esas páginas preliminares ofician de brújula de imperiosa utilidad para la comprensión de una peculiar forma de estructurar la narración. Desde el inicio de la lectura nos encontramos con una aspiración analítica desmesurada, con una densidad de problemas, variadamente enunciados y presentados a primera vista bajo el aspecto de una enumeración, los cuales se van imbricando unos con otros, de forma tal, que los primigeniamente enunciados se van transfigurando en el fluir de la argumentación en otros nuevos. Con la peculiaridad —o el agravante para el lector incauto— de que esa densidad problemática impone un no menos complejo estilo narrativo *ad hoc* que se afana denodadamente en expresarla en sus tensiones y pliegues. El resultado es un relato arborescente, construido por estratos de índole diversa, que necesita como condición para su desarrollo el desembarazarse de las pautas de una exposición académica canónica como las que exige el férreo género tratado, anteponiendo, en cambio, un criterio casi cartográfico por específicas zonas de problematicidad que no guardan relación con una disposición discursiva asentada en una mera “linealidad temporal”, ni siquiera con una estricta relación de causalidad entre un capítulo y su siguiente. Sugiero a los futuros lectores que el índice de esta obra no sea considerado *stricto sensu* en cuanto tal, sino a modo de un mapa al cual se puede acceder indistintamente a partir de cualquiera de sus cuadrículas. Es muy interesante como se plantea desde el inicio del libro la cuestión de la escritura histórica. La narración de la historia no se manifiesta naturalizada, a modo de un escrito que da por sentado acriticamente su inscripción en una preceptiva heredada, sino que se propone tornar la misma narración en problema, pero el tratamiento del

mismo, lejos de confinarse a una consideración preliminar, se va desarrollando en el curso del texto. Se incrustan en el relato —y esto es muy llamativo— reflexiones sobre la manera de narrar, al mismo tiempo que se está procurando historizar. Compuesto por enmarañados estratos que discurren paralelamente pero que por momentos se entrecruzan en una construcción obstinadamente fragmentaria, encontramos en el curso del libro a su autor discutiendo intensamente con una copiosa biblioteca —marcada por disquisiciones sobre teorías de la historia—, mientras realiza la reconstrucción histórica sobre el tema, al tiempo que está discutiendo el arte de narrar la historia. Todo eso confluye frecuentemente en el mismo párrafo, a veces en la misma frase y, a menudo, en una cascada de subordinadas de tipo halperinianas porque, forzosamente, la frase tiene que ser muy larga para poder contener todas las facetas que se quiere hacer jugar. No obstante, en tamaña empresa ambiciosa se advierte, simultáneamente, una preocupación por tratar de alcanzar una sutileza en la expresión, por cierto muy bien lograda, donde se adivinan momentos de preciosismo. En definitiva, no habrá de encontrarse en esta obra la estructura ya reconocible en los libros provenientes de la historiografía académica. Limitado por las normativas del género tesis/tratado que se ve obligado continuamente a desbordar, el texto se desliza reiteradamente a la modalidad de ensayo erudito, lo cual le permite a su autor manejarse con reglas mucho más flexibles para lograr sus multifacéticos cometidos.

Habitualmente, cuando leemos lo que comparativamente podría estipularse como una “tesis normal”, la discusión historiográfica aparece al principio. Según la convención vigente, se denota a esa sección estado de la cuestión o del arte, un apartado donde el autor analiza la obra de quienes previamente han escrito sobre el objeto a tratar para luego deslindarse del espíritu de controversia, usualmente de baja intensidad, solándose confinar el momento del estudio de las perspectivas historiográficas al inicio del texto. A partir de allí se sucede lo esperable, es decir, tiene lugar el despliegue de la propia versión del tema histórico a reconstruir donde, por lo general, el espacio otorgado a la descripción supera al de la interpretación. En este caso, diría, que se trata de un libro hiperinterpretado pues invierte fuertemente esa proporción. Prevengo, a quienes se acerquen a él sin la cautela debida, que se habrán de adentrar en un universo discursivo en estado de discusión permanente, signado por la marca de la ambición polémica desde el primer párrafo hasta el último. Creo que en ese primado de la polémica es donde se cifra una pretensión que defi-

niría como militante y cuya finalidad es la de poner en cuestión una cierta manera considerada dominante de pensar la historia y su escritura —en la que confluirían escuelas e ideologías aparentemente antagónicas—, ofreciéndose a cambio un modelo alternativo a partir de la elección de un tema, particularmente icónico para la historiografía tradicional de las izquierdas, como es el impacto de la Revolución Rusa en la Argentina.

Por diversas vías, entonces, este libro procura deconstruir el impacto de la Revolución Rusa y sus derivas en nuestro país, no sólo como acontecimiento sino también como proceso corto. La mayor parte del estudio se aboca a tratar un periodo de no más de un quinquenio, proponiendo una deliberada fragmentación que rompe con la ordenación cronológica, principalmente a través de cortes transversales, a fin de analizar estratos de diferentes intensidades. En ese sentido, el texto procura tenazmente demostrar que el hecho histórico no es un fenómeno dado, sino una construcción cambiante, múltiple, divergente, mediada por el lenguaje, donde el tiempo y el espacio no son siquiera continentes, sino partes del contenido de la representación. Así el supuesto objeto de estudio, la Revolución Rusa en la izquierda de la Argentina, que debiera actuar como un centro magnético que ordenase la narración irrumpe una y otra vez astillado, entre otras razones, por la sana negativa crítica de postular una “lectura correcta” del fenómeno examinado. Por el contrario, el libro nos presenta una multiplicidad de revoluciones imaginadas inscriptas en una situación dialógica y polémica, un conglomerado polivalente de representaciones sobre la Revolución Rusa construidas por sus activos observadores combinando nuevos y viejos sentidos de los cuales estaban previamente provistos. Un amplio espectro de miradas realizadas desde un territorio muy alejado de la revolución en desarrollo y poco provistas de información sobre este proceso.

Me gustaría muy brevemente destacar tres de los muchos aspectos del libro que me parecen sumamente valiosos. Creo que constituyen un aporte al conocimiento de una dimensión poco atendida de la Argentina posterior al Centenario y al de las izquierdas del período en particular. En primer lugar, el gran volumen de fuentes diferentes sometidas a análisis, así como la diversidad de enunciantes. La primera sensación que uno tiene cuando hace este tipo de investigaciones con tantas fuentes y tantos intérpretes diferentes, es encontrarse con una enorme nube discursiva, una especie de *continuum* que no tiene ni principio ni fin, en la cual se impone hacer recortes —

siempre arbitrarios— y postular una suerte de topografía que ordene por determinados tópicos considerados claves con el objetivo de arribar a un corpus maniobrable sobre el cual trabajar. En esta encrucijada Roberto elige, como era de esperar, el camino más arduo. El camino más fácil hubiese sido el tradicional: ordenar esa maraña discursiva por partidos, por organizaciones, por siglas. Hubiera sido el más sencillo pero el menos iluminador, porque hubiese ocultado muchos de los denominadores interpretativos comunes que existen entre los actores supuestamente diferentes y opacado aquellos pliegues donde los alineamientos válidos para la política no son los adecuados para inteligir las operaciones culturales. Me refiero, por ejemplo, al abordaje a través del binomio reformistas/revolucionarios, que suele no resultar eficaz para dilucidar variaciones importantes en el desciframiento del fenómeno revolucionario ruso. No sólo el libro encuentra reiteradas similitudes en las lecturas de ambos términos de ese binomio, sino también nos alerta sobre los peligros de las presunciones infundadas, al mostrar en boca de unos las ideas que apriorísticamente podrían esperarse en boca de los otros. Nuestro autor opta por entretejer una minuciosa filigrana novedosa que aglutina, en función de nuevos parámetros, las convergencias, disidencias y originalidades en las miradas de la izquierda local. Este libro me recordó la forma de trabajar del belga Marc Angenot, quien se define a sí mismo como un analista del discurso y se niega a ser definido como un historiador, entre otras cosas, porque señala que el primero mantiene la problemática analítica mientras que el segundo, debido a su creencia de que las fuentes hablan por sí mismas, tiende a perderla. Angenot ha escrito varios libros sobre la historia de la izquierda europea, principalmente francesa¹, y un libro notable de más de mil páginas, *1889: estado del discurso social*², donde se propone analizar la mayoría de los registros discursivos que circulan en una sociedad en un momento determinado, no estableciendo ponderación de alguno en particular, sino buscando justamente desde sus diferencias sus denominadores comunes, a fin de comprender cómo es factible la confluencia de la mayoría de ellos para conformar una mentalidad más grande.

1 Entre otros (citados por Geli) *Topografía del socialismo francés (Topographie du socialisme français, 1889-1890)*, Montreal, Discours Social, 1991); *La utopía colectivista. El discurso socialista en tiempos de la Segunda Internacional (L'Utopie collectiviste. Le grand récit socialiste sous la Deuxième Internationale)*, Paris, PUF, 1993); y otro libro vinculado al socialismo en forma negativa que es *La retórica antisocialista (Rhétorique de l'anti-socialisme)*, Québec, Presses de l'Université Laval, 2004).

2 *1889. Un état du discours social*, Montreal, Balzac, 1989.

Allí analiza desde los discursos de los profesores universitarios y las principales figuras políticas hasta los menús de los restaurantes. En esta tesitura me parece que se enmarca el texto de Roberto, en el sentido de que se aboca a conectar significados más que a conectar comportamientos de organizaciones políticas o sindicales donde los discursos emanados de ellas serían una constatación de algo ya sabido con antelación. Esa es una filiación mucho más difícil de hacer —especialmente cuando se entrecruzan condiciones de enunciación disímiles— y que arroja sorpresas. Por eso el libro es tan novedoso, tan disruptivo y tan incómodo, al tiempo que poco recomendable para quienes han asumido frente a la Revolución Rusa y sus repercusiones una perspectiva historiográfica lindante con la taxidermia.

En segundo lugar, otra virtud de este libro, la cual también trasluce un esfuerzo enorme, es su pretensión transatlántica, la intención de internacionalizar la historia argentina para aumentar la profundidad de comprensión. Esto supone un esfuerzo enorme porque hay que trabajar con fuentes a dos orillas, hay que trabajar con fuentes europeas y hay que trabajar con fuentes argentinas, multiplicando también, por supuesto, la bibliografía. De este modo, atiende a una cuestión crucial frecuentemente olvidada: las izquierdas se perciben a sí mismas como movimientos internacionales. En estos años se produce al interior de su propio campo, con motivo de la irrupción del fenómeno revolucionario en Rusia, un trastocamiento de conductas, nociones e identidades sólo comprensibles en una escala transatlántica. El texto también nos permite conocer pormenorizadamente ciertos mecanismos de recepción en los sectores populares y en diferentes niveles de una cultura letrada, al deslindar la noción simplista de influencia. Se detiene reiteradamente en un abanico de operaciones peculiares que tienen lugar en diferentes niveles de la cultura local para tornar inteligible una revolución que, aunque lejana, muchos ven —tanto como amenaza o como esperanza— aproximarse a las costas rioplatenses. Se trata, entonces, de estudiar las complejidades de ese mundo tan heterogéneo como es de las culturas de izquierda a partir de encarar un obstáculo que no es sencillo abordar: la adecuación de instrumentos analíticos pergeñados en Europa occidental para interpretar la historia y el presente europeos, los cuales desde una periferia, la argentina, se utilizan resignificados para procurar comprender, a su vez, los sucesos acontecidos en otra periferia, la rusa, que ahora trastoca la centralidad gnoseológica dominante.

En tercer lugar, querría resaltar nuevamente un rasgo que tiñe todo el libro, permanente en cada párrafo, que es su obsesión problematizadora sin concesiones. Vivimos en un medio y una época donde los historiadores frente a la caída de grandes interpretaciones y sin visos de aparición de nuevas, parecen predominantemente echar mano de la descripción en detrimento de la interpretación. Pareciera que hay una suerte de instinto positivista vulgar que siempre amenaza aflorar en nosotros, sobre todo cuando se renuncia o subestiman otros saberes, tal vez la única valla para no caer en esa tentación “realista” que produce el oficio y que ahora, paradójicamente, me temo, es fomentada desde las propias instituciones. Recuerdo el consejo de Flaubert a los jóvenes escritores que nunca debiera convertirse en máxima para los historiadores: “cuando no sepan cómo seguir con la escritura, describan”.

Espero que este libro provocativo genere en nuestro medio debates que estén a la altura de los problemas que en él se plantean. En vísperas del centenario de la Revolución Rusa, cuando seguramente habrán de aparecer nuevos escritos sobre sus repercusiones, nos encontramos felizmente con un nuevo escalón para asentar futuras reflexiones. Decía Descartes que “la enredadera no puede llegar más alto que el árbol que la sostiene”. Estas breves palabras, que son mi enredadera, no podrán sobrepasar nunca el árbol plantado por Roberto. Los invito, por tanto, a perderse, con ánimo de *flâneurs*, en las páginas de *Soviets en Buenos Aires*, este árbol que lejos de tapar el bosque, los adentrará en una selva profusa y enmarañada de inquietantes y luminosos problemas.